

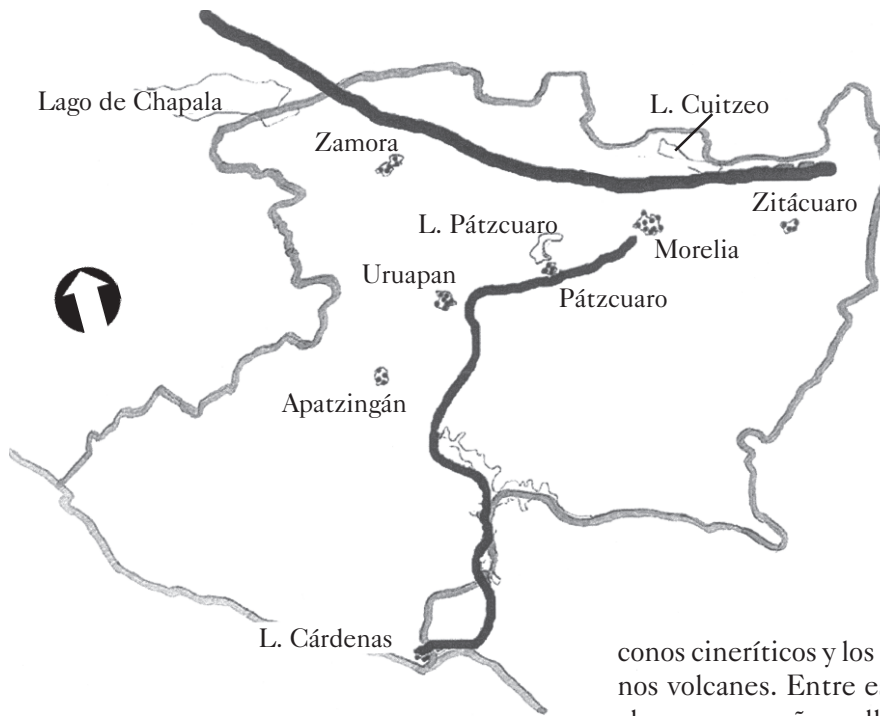
Salvamento arqueológico en dos carreteras de Michoacán. Resultados de las investigaciones

Una de las actividades realizadas en el año 1993 fue la preparación de un proyecto de investigación de salvamento arqueológico para participar, desde nuestro ámbito, en la construcción de la carretera de cuota México-Guadalajara, en su tramo Maravatío-Zapotlanejo, el cual se sitúa básicamente en el estado de Michoacán (fig. 1). Este trabajo se llevó a cabo en los últimos ocho meses del año siguiente en su etapa de campo, en tanto que durante 1995 se escribió el informe técnico presentado al Consejo de Arqueología.¹ Recién se terminó la redacción del mismo se nos planteó la necesidad de otra intervención en el mismo estado: la construcción de la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas. Ésta se realizaría en varios tramos de construcción, por lo que desde un principio se contemplaron varios proyectos arqueológicos dirigidos a conseguir objetivos similares. Los trabajos se llevaron a cabo durante varios meses comprendidos entre los años de 1996 a 2000.

Las zonas investigadas son muy diferentes entre sí. Por una parte se trató del norte del estado de Michoacán y una pequeña porción del centro sur de Jalisco; en este lugar se encontró una serie escalonada de valles aluviales separados por cadenas montañosas que se desprenden del Eje Neovolcánico Transverso y que se adentran en la parte más baja de la Altiplanicie Mexicana, conocida como El Bajío. Estos valles van perdiendo altura de este a oeste con respecto al nivel del mar, pero las elevaciones que los separan alcanzan los rangos de los 2 000 a los 3 000 msnm. En algunos de ellos aún se pueden apreciar los restos de los lagos de los que provinieron, como son los casos de la Laguna de Cuitzeo, la Ciénega de Zacapu, y la intermitente laguna Colesio, así como la zona de la presa Aristeo Mercado. Las pocas corrientes de agua existentes desembocan en estos lagos, o bien llevan su escaso caudal al río Lerma.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH. dir_salvamento.carque@inah.gob.mx

¹ Las fechas aquí señaladas como de elaboración del proyecto y la de desarrollo de los trabajos de campo, se alejan entre sí, no por cuestiones académicas, sino por trámites presupuestarios y políticos que afectaron el desarrollo inmediato del proyecto en el campo.



● Fig. 1 Mapa del estado de Michoacán, con el trazo de las dos carreteras referidas en el texto. En la parte superior la autopista México-Guadalajara, en la parte central la autopista Morelia-Lázaro Cárdenas.

En general el clima de esta zona es templado, presentándose algunas heladas en invierno. La lluvia es moderada, cae entre los meses de junio a octubre.²

Esa situación homogénea contrasta con la variedad de regiones fisiográficas que se vieron afectadas por la construcción de la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas, que, *grosso modo*, abarcó el centro y el sur de Michoacán. Así, de norte a sur se tocaron las regiones conocidas localmente como la Sierra del Centro, la Tierra Caliente, la Sierra del Sur y la Franja Costera. Estas dos últimas —por cuestiones de la propia construcción— correspondieron en su mayor parte al territorio del actual estado de Guerrero.

La Sierra del Centro es la porción del Eje Neovolcánico Transverso que corresponde al estado de Michoacán; se trata de una serie interminable de montañas donde también se observan

conos cineríticos y los derrames lávicos de algunos volcanes. Entre estos montes se formaron algunos pequeños valles que en pocos casos, se llenaron de agua dando paso a la formación de los lagos del centro del estado como Pátzcuaro y Zirahuén. No obstante, estas cuencas endorreicas se llenan más bien con aguas subterráneas que superficiales, aunque a ellos llegan algunos arroyos intermitentes. La absorción del agua en esta parte de la sierra genera algunos ríos que desembocan en el río Balsas, luego de irrigar la Tierra Caliente. El clima de la región va de templado a frío con heladas frecuentes en invierno, sobre todo en las partes altas, que alcanzan niveles mayores a los 3 000 msnm. El régimen pluvial es moderado y las lluvias se presentan entre junio y octubre.

Dentro de esta región hay una zona que presenta características que la hacen distinta a las otras, se le conoce como “Bocasierra” o la “región de Los Balcones”. Es una zona transitiva entre la sierra central y la Tierra Caliente; la diferencia entre ambas es que en ésta se encuentran corrientes superficiales de agua absorbida en buena parte de aquella, haciendo de esta área una zona más húmeda. Por otra parte el clima es un tanto más cálido. Todo esto concuerda, desde luego, con la menor altitud de las montañas: en la Sierra del Centro se encuen-

² Para los asuntos relacionados con la descripción de las diferentes regiones en cuanto a hidrografía, clima y topografía véase a Guevara Fefer, 1989; González y González, 1985; e INEGI, s.f., de donde son tomados los datos que aquí se presentan.

tran promedios de altitud sobre los 2 000 msnm, mientras que en la Bocasierra los promedios son de alrededor de los 1 000 msnm.

Por su parte, la Tierra Caliente es una franja más o menos estrecha, que corre de este a oeste, siguiendo, por un lado, la cuenca del río Tepalcatepec, y por el otro, parte de la cuenca del río Balsas, aunque el primero de estos ríos desemboca en el otro. Dependiendo de la cercanía de los ríos, la Tierra Caliente se diferencia fisiográficamente en dos zonas. La que podríamos llamar cuenca del río Balsas, se encuentra al este, está conformada por montañas de baja altura y presenta un clima cálido con lluvias abundantes. La segunda es la zona correspondiente al río Tepalcatepec; es una región más o menos plana en la que sobresalen algunas pocas elevaciones, con alturas que van de los 500 a 80 msnm; es una región muy cálida y más bien seca, con lluvias moderadas en verano, aunque a veces se presentan fuertes precipitaciones.

Al sur de esta área se encuentra otra zona de altas montañas que forman parte de la Sierra Madre del Sur. Ésta alcanza alturas cercanas a los 3 000 msnm, aunque sus promedios se encuentran alrededor de los 1 000 msnm. Presenta un paisaje muy doblado y escarpado que en ocasiones llega a introducirse al mar. El clima va de frío a templado, aunque en las cercanías de la costa es más bien cálido. Es abundante en lluvias y presenta gran cantidad de corrientes superficiales, aunque poco abundantes. El límite de esta zona se encuentra cerca de la costa dejando una pequeña franja de lomeríos.

Así, la franja costera, es una estrecha zona que se desplaza a lo largo del litoral y que, como se vio, a veces se interrumpe por las incursiones de la Sierra Madre del Sur sobre el océano Pacífico. Esta área es, como decíamos, una interminable sucesión de lomas de poca altura que alcanzan un promedio de 60 msnm. Es muy cálida y tiene un régimen de lluvias muy pronunciadas en verano; está expuesta a los ciclones que se forman constantemente en esa época.

En todos estos territorios habitaron pueblos de muy diversas culturas a lo largo de los periodos históricos anteriores a la conquista española. Para estudiar su historia y analizar los procesos sociales en que se vieron envueltos planteamos enseguida una serie de problemas de carácter arqueológico.

Líneas que guiaron la investigación

Considerando que la investigación arqueológica comienza siempre con una idea más o menos definida que nos permita la recuperación de datos bajo un esquema teórico determinado, dimos inicio a los trabajos de la primera carretera con objetivos muy específicos: *a)* tratar de definir la zona tarasca en un área que se mencionaba como la frontera norte; *b)* identificar cuáles fueron las fluctuaciones de esta frontera en sus diferentes momentos, dado que al norte se encontraban pueblos de vida nómada o seminómada durante el auge del Estado tarasco que contrastaban con la forma de vida de los pueblos ubicados al sur de la misma frontera; *c)* puesto que parte de esta zona está cerca de la región central de la cultura Chupícuaro, se trataba de definir el impacto que el grupo tuvo en la zona, así como su extensión y sus relaciones culturales; *d)* identificar la presencia teotihuacana en la región dado que se suponía la existencia de una avenida que este centro cultural había formado para llegar al occidente de México; y *e)* partiendo de la premisa que los tarascos fueron sólo uno de los muchos pueblos que habitaron el actual territorio michoacano y que hubieron muchos otros —contemporáneos o antecesores a ellos—, se trataría de definir quiénes eran y cuáles eran las características de sus respectivas culturas (Grave, 1996; Pulido, 1993; 1995; 1997).

No siempre los resultados de las investigaciones fueron los esperados; algunos nos condujeron a retomar la investigación incluyéndolos como problemas a investigar en los siguientes trabajos en Michoacán. Así, el asunto de los tarascos se convirtió en un problema recurrente, ya que caímos en cuenta que el conocimiento

que se tiene de este pueblo es muy diferente al obtenido de datos arqueológicos. Por tanto, en los siguientes trabajos se investigó a fondo el significado de la presencia del grupo tarasco, tocando aspectos muy diversos: desde la propia definición arqueológica, hasta su dispersión en el territorio michoacano y su desarrollo como una sociedad estatal.

Encontramos con tipos cerámicos un tanto desconocidos, aunado a la carencia de los conocidos nos llevó a plantear la situación de la integración del territorio cultural de Michoacán en diferentes periodos. Así, también se propuso como meta tratar de definir las características culturales de los pueblos que habitaron los territorios por los que se desplazarían las carreteras (Grave, *op. cit.*; Pulido, 1997).

Por otro lado, continuamos buscando datos acerca de la presencia teotihuacana en el territorio michoacano, pero también se buscó la evidencia de la influencia mexicana hacia el sur del estado, dada la existencia de datos históricos que apuntan en ese sentido. Asimismo, se tomaron como objetivos colaterales aquellos trabajos básicos en la investigación arqueológica desarrollados para darle seguimiento a los ya planteados: nos referimos a la elaboración de secuencias cerámicas y al análisis de patrones de asentamientos.

Las labores desarrolladas fueron las que en términos generales se emplean en casi todos los proyectos de prospección de región; desde luego fueron adecuándose a una y otra zona, dependiendo de condiciones diversas, desde las de carácter académico hasta las relacionadas con cuestiones administrativas y con los proyectos de construcción, como lo describimos a continuación.

Desarrollo de los trabajos de investigación

Aunque cada proyecto tuvo sus particularidades, todos compartieron los aspectos técnicos que referimos. Dado que dieron buenos resul-

tados en el primero de ellos, se continuaron usando en los otros, aunque con distinto peso en cada uno. En general, todos comenzaron por el acopio de la información arqueológica de la zona próxima a afectarse. Se trabajó en los distintos archivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y con la bibliografía existente para la zona; la cartografía inicial y la fotografía aérea se nos proporcionó por la Secretaría de Comunicaciones y Transportes antes de iniciar los trabajos de construcción en casi todos los casos. Con estos datos se hicieron los respectivos proyectos de investigación, cuyos trabajos comenzaron invariablemente con el análisis cartográfico y la interpretación de la aerofotografía, y una visita a la zona de afectación a fin de observar el potencial arqueológico de la misma, así como de comenzar a armar una estrategia de trabajo de campo acorde con las condiciones del mismo.

El área de reconocimiento varió en extensión de acuerdo con la longitud de los tramos carreteros: el más largo comprendió 310 km (la carretera México-Guadalajara), y el más corto —tramo Pátzcuaro-Uruapan de la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas— tuvo una longitud de 56 km. La amplitud de la zona de investigación también fue variable, aunque en ningún caso se restringió al derecho de vía de los caminos (60 m de ancho), sino que consideró el mayor territorio posible, de tal forma que se tratara de llevar a cabo una investigación arqueológica de área y no sólo un rescate de objetos arqueológicos afectados por el suceso de la construcción. La amplitud máxima fue de 3 km a cada lado de la carretera, sin embargo, frecuentemente se vio rebasado este límite, ya sea porque los bancos de materiales que la construcción ocuparía se encontraban fuera de estos rangos, o porque durante el curso de la investigación se encontrara un sitio que pudiera responder a los cuestionamientos académicos previamente formulados o —como ocurrió en varios casos—, se detectara un sitio cuya pervivencia se estimase en peligro debido a los saqueos o a la constante extensión de los asentamientos humanos, entre otros motivos.

Algunos de los sitios que presentaban cierta complejidad arquitectónica fueron registrados mediante croquis, otros más fueron levantados topográficamente (de acuerdo con su propia complejidad y las posibilidades del equipo de investigación y del tiempo que sería necesario en el proceso). En todos ellos se colectaron muestras de materiales cerámicos y líticos, éstos fueron registrados en las cédulas habituales del Catálogo nacional de sitios arqueológicos.

De los resultados del análisis de materiales cerámicos y líticos, así como de la primera interpretación de cada uno de los sitios en el contexto en el que estaban ubicados, se determinaron algunos para ser excavados. De aquí se lograrían mayores datos sobre las características del sitio, a la vez que se buscarían secuencias cerámicas y cronológicas y la obtención de muestras de materiales de fechamiento físico. Concluidos los trabajos de excavación se procuraba dejar los terrenos como si no hubieran sufrido intervención alguna.³

Con todos estos datos, se realizaron sendos informes técnicos; la información se manejó con vistas a su discusión académica en mesas redondas de especialistas, publicaciones varias y conferencias. A continuación exponemos los resultados que hasta la fecha hemos obtenido.

Resultados académicos de las investigaciones

La serie de ideas comentadas que nos sirvieron como líneas de investigación, fueron también las guías que nos permitieron acceder a los datos, así como al manejo de los mismos. Los resultados de estos trabajos no se han agotado; en

algunos casos se continúan desarrollando, y otros más están a la espera de ser retomados en nuevos proyectos que puedan recuperarlos para interpretaciones temáticas: en este artículo presentamos los avances que hemos obtenido.

Hacia el norte del estado de Michoacán encontramos una zona de influencia de la llamada cultura Chupícuaro. Ésta se encuentra sobre todo en los alrededores de la laguna de Cuitzeo, donde se localizaron en la mayor parte de los sitios del Preclásico (1 500 a.C.-200/300 d.C.) fragmentos de cerámica relacionada con este grupo (Chupícuaro acanalado, Rojo temprano, Chupícuaro rojo sobre bayo), así como unos cuantos fragmentos de figurillas de dicha tradición. Sin embargo, ninguno de estos sitios presentó carácter monumental, aunque algunos mostraron mayor densidad de materiales (lo cual se tradujo como mayor población). Así, estas comunidades debieron ser aldeas esencialmente autónomas y sin grandes diferencias sociales en su interior.

No obstante, también fueron localizados fragmentos de vasijas procedentes del centro de México (Ticomán y Cuicuilco, entre otros lugares), aunque en escasa cantidad. De cualquier manera su presencia indica interrelaciones entre estas dos áreas, confirmando las investigaciones de Schöndube (1980) y Williams (1993).

En esta misma época, el resto de la zona norte se encontraba con muy poca población, y contaba con cerámicas de elaboración local, generalmente burdas sin evidencia de contacto con otros grupos.

Esta misma situación se presenta en la zona central de Michoacán, es decir, la correspondiente a la Sierra del Centro. En ella han sido localizados elementos que llevan a inferir la presencia humana desde 7 000 años a.C. por lo menos (Faugère-Kalfon, 1996), y con mayor claridad hacia el año de 2 500 a.C., antes de la presencia de la cerámica en el lugar (Arnauld *et al.*, 1993). Sin embargo, no es sino hasta 1 600-930 a.C. (Pollard, 1995) que el hombre habitó

³ Hubo algunos casos en los que se restringió la construcción de la carretera de acuerdo con lo representativo de las evidencias arqueológicas. En ocasiones se logró la permanencia total de algunas estructuras arquitectónicas, aunque las más de las veces, sólo se pudo obtener el tiempo y los presupuestos necesarios para realizar excavaciones extensivas en los sitios afectados por la construcción de la carretera. En tales casos la idea fue recuperar los vestigios arqueológicos antes de que la construcción los destruyese.

posiblemente aldeas más o menos permanentes y se vio beneficiado con el cultivo del maíz. Desafortunadamente no se cuenta con restos arqueológicos tangibles para afirmar lo anterior.

Esta escasez de población se repite también en la Tierra Caliente, aunque hacia la confluencia de los ríos Tepalcatepec y Balsas se han encontrado algunas evidencias de asentamientos con cerámicas semejantes a las empleadas en Colima, Chiapas y Oaxaca, entre otros lugares (Müller, 1979; Maldonado, 1980). No obstante, no se tiene mayor conocimiento de estos grupos.

El panorama en la zona de la costa y en la Sierra Madre del Sur es un tanto más claro. Hubo pequeños poblados que se encontraban en las riberas de los ríos aprovechando las diminutas terrazas que éstos habían formado, o bien, en lo alto de las lomas costeras. Los asentamientos no denotan existencia de lugares centrales, ya que comúnmente se trata de caseríos que probablemente formaron entre todos una red cultural dado que compartían rasgos en los objetos utilizados (cerámicas naranja y café de textura burda, así como artefactos de sílex). Con todo, se han detectado contactos de esta zona con Oaxaca, Colima, Chiapas y el Altiplano Central (Cabrera, 1986, 1989).

Durante el periodo Clásico (200/300-900 d.C.), varios elementos comenzaron a cambiar en todas estas regiones: hubo mayor población concentrada en aldeas, mayor diversificación tecnológica que asimiló elementos nuevos en el utillaje común y se comenzó a establecer un patrón de diferenciación social de los habitantes de las comunidades. Éstas se hicieron más complejas, dando paso a la construcción de los primeros edificios públicos y ceremoniales; algunos indicadores evidencian la influencia de Teotihuacan.

De esta forma, en la zona norte se incrementó el número de asentamientos, tanto en la Cuenca de Cuitzeo que ya estaba poblada, como en el resto de la región que se apreciaba un tanto despoblada. Este evento es más notorio durante

los últimos 300 años de este periodo. Los asentamientos —situados tanto en las orillas de lagos como en las laderas y en lo alto de cerros de baja altura—, se acomodaron de acuerdo con la complejidad y jerarquía que los mismos guardaban dentro de redes de influencia, en las que uno de ellos fungía como centro político y religioso.

En general, estos centros presentan edificaciones de carácter ritual y otras que presumiblemente tuvieron funciones administrativas. Todas ellas están hechas con piedra y tierra; sobresalen los templos de forma piramidal con cuerpos escalonados a la manera de las construcciones más comunes de Mesoamérica. El más significativo en la zona de Cuitzeo, por ejemplo, es el sitio Tres Cerritos,⁴ excavado y restaurado por Angelina Macías (1988, 1996). En algunos de estos sitios se construyeron, además, los recintos característicos para el juego de pelota en su variante de juegos semiabiertos.

Varios de estos asentamientos rectores de zona, se encuentran ubicados en puntos estratégicos que les permitieron el control de recursos básicos que ya para entonces habían comenzado a usarse cotidianamente, entre los que sobresale la obsidiana (Los Ceniceros, cerca de Zinapécuaro, y Churintzio, son ejemplos representativos). En otros casos, no resulta tan claro el motivo de la importancia de los asentamientos, pero sus características los hacen relevantes con respecto a los otros asentamientos (El Metate conjunto 2 —cerca de Panindícuaro—, Ecuandureo, Quiringüicharo, Potrero de los Coyotes y El Perdido, éstos dos cercanos a Tanhuato, son algunos ejemplos).

Es posible encontrar enterramientos de individuos de alto estatus social cercanos a los edifi-

⁴ Este sitio es interesante ya que muestra varios edificios de carácter absolutamente mesoamericano y algunos elementos teotihuacanos (una máscara tallada en piedra, es uno de los más relevantes), aunque no en la construcción. Se encuentra en la zona norte de la laguna de Cuitzeo, en la península del mismo nombre. Fue trabajado por Angelina Macías durante varias temporadas entre las décadas de 1980 y 1990.

cios públicos, comúnmente presentan vasijas diversas como ofrendas mortuorias. Incluso pueden tener elementos que los relacionan con otros lugares lejanos, como es el caso de uno de los entierros del sitio Cerro de la Bolita, en la ribera sur de la laguna de Cuitzeo, localizado sobre una plataforma administrativo-ceremonial y que tenía varios cajetes trípodes de soportes de asa, un par de figurillas policromas —una de las cuales era un infante dentro de su cuna-canasta— y una especie de orejera grabada con un diseño teotihuacanoide.

La presencia de Teotihuacan es más clara en varios elementos encontrados en algunos sitios del norte y del centro de Michoacán. Destacan entre ellos, una máscara de piedra localizada dentro de una tumba en Tres Cerritos (Macías, 1988), y otra máscara de las mismas características encontrada en una de las lomas de la ciénega de Zacapu (Arnauld y Faugère-Kalfon, 1998). La influencia teotihuacana también está presente en algunos rasgos arquitectónicos del centro ceremonial del sitio conocido como Tinganio, que muestra el tablero remarcado conjugado con el talud al estilo de la gran urbe, sobrepuestos en varios de sus edificios (Piña Chán y Kuniaki, 1982). Asimismo, existe un sitio que puede ser interpretado como una colonia teotihuacana: Loma de Santa María, localizado al sur de la actual ciudad de Morelia (Manzanilla, 1984).

La cerámica apenas si muestra algunas evidencias de esta influencia ya que se continuaron elaborando tipos locales, aunque se manifiesta la presencia de una cerámica rojo sobre café o bayo de amplia tradición en Mesoamérica. Parece que los habitantes de los lugares tomaron de la cultura teotihuacana lo que más convenía a sus intereses, pero siguieron viviendo de acuerdo con sus propias características culturales. El caso que hace la excepción a esto es Loma de Santa María, donde fueron localizados elementos cerámicos, entre otros diversos aspectos, procedentes de ese centro cultural, como es la cerámica Naranja delgado (Manzanilla, 1996).

Por lo demás, en la zona del centro del estado investigada por estos proyectos, el sitio más significativo de este periodo se encuentra en la cuenca de Pátzcuaro, en las inmediaciones del poblado Las Trojes. Su centro ceremonial consta de tres pequeños basamentos piramidales, un gran espacio abierto y un juego de pelota del estilo antes mencionado.

Por su parte, a partir de este periodo, la Tierra Caliente tuvo una fuerte presencia en cuanto a la población y su integración a la historia regional. Los asentamientos principales que en ella se localizaban no presentaban arquitectura monumental, pero sí tuvieron construcciones públicas, consistentes básicamente en largos recintos rectangulares con cimentaciones de piedras. Los otros sitios, probablemente pequeñas aldeas, no se muestran más que como simples concentraciones de materiales arqueológicos.

De cualquier forma, los datos que obtuvimos durante la investigación, nos conducen a pensar que había ya una marcada estratificación social en esta región, ya que en uno de los sitios (Corongorito) fueron localizados varios esqueletos dentro de uno de los cuartos que allí existieron. Tenían como ofrenda algunas vasijas y, significativamente, collares y pendientes de conchas marinas, lo cual evidencia algún tipo de relaciones con gente de la costa que, por lo demás, no se encuentra muy alejada de esta área.

Los sitios mayores fueron localizados en situaciones de fácil acceso a un recurso novedoso en la región: los yacimientos de cobre. Este material comenzó a ser trabajado probablemente a partir de los últimos 200 años de este periodo y constituyó finalmente uno de los elementos principales de la región en este y en el siguiente periodo (González Crespo, 1979). Los objetos de cobre que se encontraron en estos sitios fueron principalmente utilitarios: agujas, anzuelos y argollas, aunque es probable la existencia de otros artefactos (pinzas y pequeños discos, entre ellos).

El resto de los materiales utilizados en la región fueron los que la misma ofrecía: riolita, basalto y cuarzo, principalmente para los instrumentos de piedra, y la arcilla para las vasijas, las cuales no presentan mayor sofisticación en su elaboración. No obstante, se cuenta con la presencia de obsidiana en poca cantidad; la procedencia de este material son probablemente los yacimientos del norte de Michoacán, de donde se comercializaban a través de los cursos del río Cupatitzio-Marqués-Cajones.

Este complejo pluvial y los ríos Tepalcatepec y Balsas, así como sus diferentes afluentes fueron sin duda un fuerte determinante para la ubicación de los asentamientos: éstos se localizan en las terrazas y lomas cercanas a los ríos, preferentemente en la confluencia de dos arroyos o de un arroyo y el río. Este patrón se repetirá a lo largo de la historia en la zona.

Por su parte, los sitios de la Sierra Madre del Sur se encuentran en las pequeñas terrazas pluviales o en los pequeños valles intermontanos y en mesetas altas de la propia sierra, o bien en las laderas bajas de las montañas, modificadas por medio de terrazas. Las construcciones son más bien de carácter doméstico y se aprecian como cimentaciones rectangulares de piedras a ras del suelo o bien sobre pequeñas terrazas hechas a propósito de la propia construcción. De cualquier manera, los pobladores de los asentamientos siempre buscaron el fácil acceso al agua.

Los materiales cerámicos de esta zona tienen características propias: aunque hay tipos de acabados pulidos, destacan los de terminados burdos y sus pastas presentan gruesos desgrasantes de arenas de río o de pequeños guijarros de cuarzo. Aunque hay decoración con base en el pintado zonal de las vasijas (el color rojo es el más socorrido, aunque también hay grises y negros), las decoraciones más abundantes son las hechas con rayados, esgrafiados, incisiones, presión digital, punzonados, etcétera.

En términos generales, los elementos líticos de la región son de procedencia local, destaca el

cuarzo, aunque también se encuentra el pederrenal, así como el granito. No obstante, hay presencia de algunos objetos de obsidiana verde, presumiblemente comercializada desde la Sierra de las Navajas por la zona costera.

Estos patrones de vida se repiten en la franja costera; sin embargo, los asentamientos se establecieron más bien en lo alto de las lomas, conformando conjuntos de tres casas (Manzanilla; 1987). En algunos sitios estos conjuntos se reproducen, ya sea en la misma loma o bien, formando complejos sitios sumando varias lomas. Igualmente destaca el hecho de que muchos de los sitios se encuentren en las cercanías de pantanos.

Es difícil establecer cuáles fueron los sitios más importantes de estas dos zonas debido a la carencia de una serie completa de cronologías confiables. Por tanto, estos apuntes se basan en el patrón de asentamiento y en algunos indicadores cerámicos regionales, pero no pueden ser tomados más que como hipótesis de trabajo.

Tenemos una mayor cantidad de datos para el periodo Posclásico, incluso este podría ser dividido en dos fases: temprana, que va de 900 a 1200 años d.C., y tardía que incluye los años 1200 a 1524 d.C. Esta división es importante ya que en cada uno de estos periodos ocurren cambios fundamentales en la vida de los grupos que habitaron la región.

En la zona norte del estado se aprecia un sensible despoblamiento durante la primera de estas fases, aunque éste es más visible hacia las zonas un tanto más áridas y menos notable en las riberas de los lagos; de hecho, la población parece concentrarse alrededor de los lagos aunque con menos habitantes que en el periodo anterior.

Esta concentración de población quizás haya traído como consecuencia una intensificación de técnicas de cultivo y algunos ajustes sociales en las comunidades que llevaron a posicionar a algunos sitios en la cúspide de las jerarquías

locales en detrimento de los demás que se convirtieron en sus dependientes. Los asentamientos que ocuparon los puestos clave generalmente se relacionan con la presencia de elementos indispensables para el desarrollo de las comunidades, tal es el caso, nuevamente, de Los Ceniceros que deviene más grande gracias al mayor control que adquiere sobre las minas de obsidiana de Zinapécuaro-Ucareo. Esta materia prima fue exportada a muchas regiones de Michoacán, del Centro de México (Tula y Xochicalco, por ejemplo) e incluso de la zona maya (Pollard y Vogel, 1974).

La importancia de estos sitios se refleja en los complejos arquitectónicos construidos en tales momentos ya que muestran grandes edificios ceremoniales, plazas, plataformas, recintos para el juego de pelota, entre otros. Un hecho que hay que resaltar es la aparición de un tipo de arquitectura que no era característico en la región y que, a nuestro juicio, más bien procedería del norte de México, esto es la construcción de edificios hechos básicamente de lajas sin cementante.

La situación en este periodo en la zona central era un tanto diferente, ya que en ella se registró una mayor población que en las épocas anteriores. Es probable que algunos grupos que habitaban en la zona norte se hayan desplazado hacia esta región. Los antiguos lugares de habitación fueron abandonados o decrecieron en importancia. Los nuevos asentamientos se establecieron preferentemente en las cercanías de los lagos, particularmente el de Pátzcuaro, aunque no dejaron de haber lugares de alguna importancia ubicados en los valles intermontanos de la sierra. De cualquier manera, todas estas nuevas comunidades buscaron situarse en posiciones a las que no se tiene un fácil acceso, muchas veces en zonas de malpaís.

Esta ubicación, puede referirnos por una parte la intención de buscar lugares de poblamiento que no afectaran las escasas tierras de cultivo que hay en esta región, y por otra, la situación de beligerancia que privaba en la región en este

periodo. Esto último se refleja también en varios de los asentamientos en los cuales encontramos elementos defensivos entre los edificios, principalmente murallas que resguardan a los edificios más importantes del lugar, como es el caso de Tócuaro y El Banco de Arocutin.

Obviamente, en estas posiciones defensivas se encuentran los edificios que eran destinados a habitación de los dirigentes de las comunidades que con relativa abundancia eran enterrados con bienes tanto locales como importados. Ejemplo de éstos son los enterramientos descubiertos por Pollard (1994, 1995) en el sitio que llamó Urichu, en la misma ribera de Pátzcuaro. Entre los materiales de los entierros correspondientes al Posclásico temprano, se encuentran varias vasijas con decoración al negativo, lo cual es uno de los rasgos más “comunes”⁵ en la zona en la siguiente fase de este periodo.

De los enterramientos del sitio Tócuaro recuperamos un par de puntas de proyectil (probablemente de lanzas) excelentemente talladas en basalto; en contraste hubo una escasez notable de obsidiana. Esto nos podría reforzar la idea de la pugna entre los grupos de este periodo en la región (Pollard, 1993) ya que no todos contaron con la misma cantidad ni el mismo tipo de recursos. Hay que decir que Tócuaro se encuentra en uno de estos malpaíses y entre los rellenos utilizados para nivelar la plaza central se localizaron desperdicios de la talla de basalto. Esto, al parecer era una actividad común en el lugar (fig. 2).

Esta situación bélica no se observa en la Tierra Caliente donde los asentamientos se situaron más bien, como en el periodo anterior, en las riberas de los grandes ríos (el complejo hidráulico Cupatitzio-Cajones-Marqués) o en las

⁵ Utilizamos la palabra “comunes” porque si bien es cierto que este rasgo es abundante, sólo se encuentra en la cerámica suntuaria, es decir, la asociada a los rituales y, más bien, a la gente de alto estatus social; entonces, la decoración al negativo, aunque común, no es una característica generalizada de las comunidades.



● Fig. 2 Sistema constructivo del sitio Tócuaro. Obsérvese que la plataforma central está construida por una acumulación de piedra brasa sin cementante alguno.

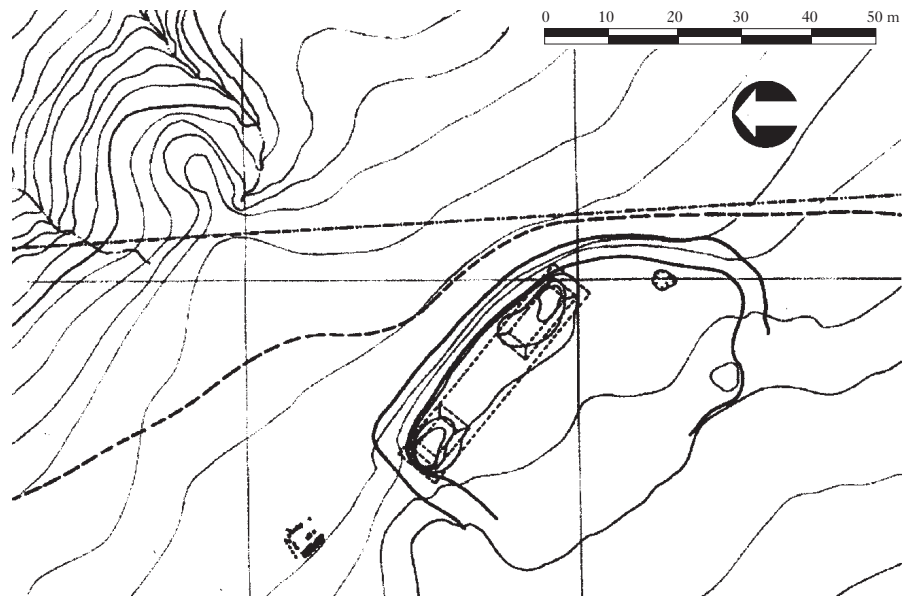
confluencias de algunos arroyos hacia estos ríos, o bien, de éstos con el Tepalcatepec. En varios lugares, estos ríos se encañonan y los sitios se encuentran en las terrazas altas o valles cercanos a los mismos, siempre lugares abiertos. Estos asentamientos suelen ser los más grandes y complejos de la región.

Hay construcciones públicas, aunque no de grandes dimensio-

nes, generalmente montículos de piedra y tierra, a veces alineados con espacios abiertos en su frente, a veces acomodados de tal forma que originan plazas. Hay también plataformas de baja y mediana altura. En ocasiones los edificios se construyeron sobre terrazas hechas en las laderas de los barrancos o en los promontorios que sobresalen en la planicie de la Tierra Caliente, como es el caso de Los Montones. En este sitio se presenta una serie de terrazas escalonadas en las que se construyeron algunos de los edificios importantes del sitio: un recinto para el juego de pelota y varios montículos, el mayor ubicado en la cima del cerro (Grave Tirado, s.f.).

Otra forma de construcción que también se usó fue la de hacer pequeñas acrópolis, es decir, una serie de edificios alrededor de una plaza ubicada sobre una elevación en el terreno. Éste es uno de los elementos localizados en el sitio denominado Santo Domingo, en las cercanías de Nueva Italia (fig. 3).

Hay diferencias también en el ajuar usado por estos grupos y aquellos de la Sierra del Centro.



● Fig. 3 Sección del plano topográfico del sitio Santo Domingo. Se aprecia la pequeña acrópolis en la que se observaron algunos alineamientos de piedras de forma rectangular. La equidistancia de las cotas de nivel es de 1 m.

Existen cerámicas de elaboración local, ya sea con decoración policroma (con colores rojos, cafés, blancos, grises, etcétera) o bien monocroma y bicroma; en contraste, es poca la cerámica burda que aquí se encuentra. Hay obsidiana gris probablemente proveniente de Ucareo-Zinápécuaro, Zináparo-Cerro Prieto, o Pénjamo; y gris-verde de los yacimientos de La Primavera y Tequila (Esparza, 1999).

Asimismo, se encuentran elementos que seguramente fueron comercializados con grupos de la costa, tales como conchas. Además se pueden localizar algunas figurillas de las llamadas galletas del complejo Mazapan, lo cual también ocurre en algunos lugares de la región anteriormente tratada. En suma, es una cultura muy distinta a la que pobló el centro de Michoacán; se aprecia como independiente de aquélla en este periodo y hemos definido como “terraca-lenteños” (Grave y Pulido, 2000).

Un rasgo fundamental de estos grupos —al menos de los asentados en las cercanías del complejo hidráulico mencionado—, es el trabajo y dominio de la metalurgia e industrias colaterales. En alguna medida los mayores asentamientos se encuentran cercanos a los yacimientos de minerales cupríferos, como es el caso de Los Montones y La Campana, que incluso muestran gran cantidad de evidencias del trabajo sobre estos minerales (en el segundo caso, hay un cerro contiguo cuyas rocas con agujeros sugieren que sirvieron de morteros para el molido del mineral).

En varios de estos lugares se encuentran también rasgos que indican el trabajo de los metales: fuertes concentraciones de ceniza, morteros, metates, muelas y martillos, así como algunos artefactos de tal material, repitiéndose las formas que habíamos mencionado para el periodo Clásico.

Estas tres áreas experimentan cambios durante el periodo Posclásico tardío. Las tres vuelven a poblarse, de hecho es en esta época cuando las regiones alcanzaron su mayor poblamiento.

El patrón de asentamiento seguirá siendo el mismo que en la fase anterior, aunque hay reacomodos en tanto se establece una nueva jerarquización de los mismos hacia el final del periodo a consecuencia de la inclusión de las comunidades en un sistema socio-político y económico mayor: el Estado tarasco.

Sin embargo, antes de que esto ocurra, en la zona norte los asentamientos que controlan el acceso a los yacimientos de obsidiana adquieren mayor relevancia, tal es el caso de Zinápécuaro, por un lado, y de Zináparo y Churintzio, por otro. De igual manera hay algunos sitios que se destacan por la producción de otros bienes de consumo de primera importancia, como la sal, recurso del cual se beneficiaron probablemente Araró y Huandacareo,⁶ ambos en las orillas de Cuitzeo.

Hay otros asentamientos cuyo papel no está claro debido a la escasez de datos, pero que sobresalen por la complejidad y monumentalidad de sus edificaciones, así se tienen los sitios de Chahueto, Iglesia Vieja, El Metate, El Palacio de San Antonio Carupo, Ecuandureo, Potrero de los Coyotes, El Perdido y Las Cuevas, entre otros.

Por su parte la cuenca de Pátzcuaro se encuentra poblada de comunidades tarascas y nahuas que, como veíamos, vivían una situación de beligerancia originada por la escasez de tierras cultivables (Pollard, 1993 y 1995), y que eventualmente llevó a que uno de los grupos en confrontación tomara el poder venciendo a los otros, éste es el de los tarascos-Uacúsecha.

De acuerdo con la *Relación de Michoacán*, los tarascos-Uacúsecha llegaron a la zona lacustre al final de una serie de migraciones y, después de sufrir penurias para establecerse, lograron alianzas estratégicas con otras comunidades ya

⁶ Este asentamiento fue excavado y restaurado por la arqueóloga Angelina Macías como parte de su proyecto Cuenca de Cuitzeo (Macías, 1990). No fue trabajado por nosotros, pero su importancia es tal que no es posible dejarlo de lado si se quiere hacer una historia de la región.

asentadas, y se impusieron mediante la guerra al resto de sus vecinos. Esto ocasionó que se fundara el Estado tarasco, que en un principio fue administrado desde tres capitales (Tzintzuntzan, Ihuatzio y Pátzcuaro), cada una con un gobernante, y finalmente derivó en la monopolización del poder por parte del cazonci de Tzintzuntzan (Alcalá, 1977).

La emergencia de dicho Estado trajo consecuencias sociales que se reflejan en el registro arqueológico, esto es, la generación de una serie de rasgos con los que se identificaba al Estado, es decir, al grupo en el poder político. Entre los elementos significantes del Estado está el de una forma constructiva característica de sus edificios ceremoniales: la yácata, que une una sección rectangular —desproporcionadamente larga— a otra circular a través de un pasillo. En ella se retoma el estilo constructivo a base de lajas sin cementante, además de cuerpos poco inclinados, de alto peralte y huella estrecha que mostraban los basamentos de plantas rectangulares, cuadradas y en forma de “T” que ya existían en la región en el Posclásico temprano y que asociamos con los tarascos como grupo social.

Otro rasgo es la cerámica policroma tarasca, que presenta formas variadas y un tanto exóticas, entre las que destacan los cajetes trípodes con soportes muy largos, huecos, en forma de cencerros, así como botellones que presentan asas de estribo o de canasta, con vertederas y vasijas miniatura. Todas ellas están decoradas en colores rojo, negro y blanco con profusión de diseños al negativo. Los motivos de decoración son muchos, entre ellos sobresalen “hombres-rana”, elementos zoomorfos, escaleras (?), líneas y cruces.

El Estado tarasco expandió sus dominios desde la cuenca de Pátz-

cuaro a las regiones vecinas y posteriormente a las lejanas, llegando a afianzar un territorio amplio que compartía fronteras con el Estado mexica —también en expansión—, así como con otras unidades sociopolíticas menos definidas. De tal manera englobó en su territorio a las zonas de producción de sal y obsidiana (de esta última por lo menos la de Zinapécuaro-Ucareo) del norte de Michoacán, las zonas boscosas de la Sierra del Centro, así como la Tierra Caliente. De ellas extrajo los bienes que producían y los administraba en su beneficio, cerrando además las fronteras a productos que provenían de otras regiones.

A la vez, impuso una nueva jerarquía de asentamientos: estableció su presencia política y simbólica a través de los personajes de su gobierno y, en ocasiones, con base en edificios que representaban el poder estatal —las yácatas—, como son los casos de los sitios Jujucato y Lagunillas (fig. 4), en las vecindades de Zirahúen y de Uruapan, respectivamente.

Sin embargo, esta sujeción política y económica no implicó el derrocamiento de las culturas locales; éstas siguieron funcionando casi sin

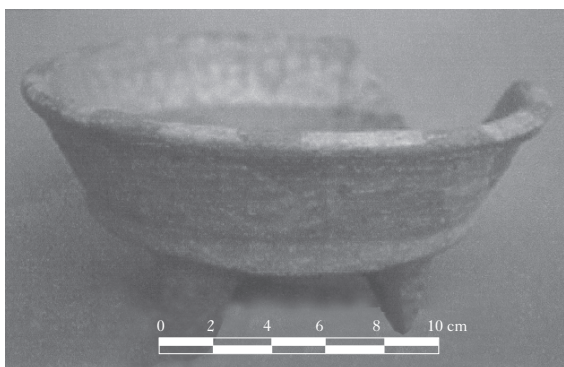


● Fig. 4 Vista aérea de la yácata del sitio Lagunillas, aún sin excavar. Hacia la parte baja de la imagen se sitúa el cuerpo redondo, en tanto que el cuerpo recto se observa en posición horizontal.

alteración en los ámbitos que vivían. Esto se observa con más facilidad en la Tierra Caliente, donde no se encuentra mayor evidencia de los tarascos más que en unos cuantos sitios y se limita a la presencia de una yácata en uno de los sitios reconocidos durante la construcción de la Presa del Infiernillo (González Crespo, *op. cit.*), o en algunos pocos materiales de cerámica policroma tarasca en varios asentamientos (entre ellos el llamado Santo Domingo).

No obstante, parece ser que los dirigentes de algunas de estas comunidades sujetas a los tarascos-Uacúsecha, quisieron imitar tanto la forma de hacer edificios como la cerámica característica del Estado tarasco y generaron formas que no son del todo tarascas, aunque sí parecidas. Así, encontramos construcciones de lajas en los sitios Las Iglesias y El Huicumo (Grave Tirado, s.f.), y de cerámica como en Lagunillas donde se asocian elementos propiamente tarascos con otros determinados como imitaciones de los mismos.

De cualquier manera los terracalienteños, siguieron viviendo con sus patrones característicos: producían su propia cerámica (fig. 5), ocupaban casas cuadrangulares con cimentaciones de piedra —asociadas con regularidad a pequeños círculos de piedras (1.20-1.50 m de diámetro), de los cuales desconocemos su función—, la metalurgia del cobre, principalmente. Con respecto a esta última es importante señalar que



● Fig. 5 Cajete trípode del tipo Blanco de cal, típico de la Tierra Caliente de Michoacán. Procede del sitio Santo Domingo.

estuvo un tanto mediada por el control estatal, ya que en buena medida se producían los elementos que el estado exigía: cascabeles, pinzas “depiladoras” y discos de diferentes colores, entre otros; además de estas piezas, se elaboraban agujas, anzuelos, etcétera (Hosler, 1994).

Todas estas eventualidades fueron desconocidas en las zonas de la Sierra Madre del Sur y de la franja costera durante el periodo Posclásico. En la primera no se encuentran evidencias de desarrollos sociales ajenos a la propia región y sólo se localiza un sitio con construcciones de importancia monumental, enclavado en una de las mesetas del parteaguas de la sierra, a éste se le denominó Mesa La Florida. Es un sitio más o menos extenso con gran concentración de cerámica y lítica (sílex y obsidiana) en superficie y con algunos alineamientos de piedra en una especie de promontorio natural de este mismo material.

Hay otros dos asentamientos mayores en la región de nuestra investigación, ambos se encuentran en la parte baja, a la orilla del río Feliciano. Uno de ellos (Primera Caída) tiene un probable montículo de tierra y una serie de terrazas en las que se localizó una gran cantidad de cerámica y de obsidiana, entre otros materiales. Es notorio que la mayor parte de la obsidiana sea de color verde, semejante a la de los yacimientos de la Sierra de las Navajas, en el estado de Hidalgo.

El otro asentamiento, que al parecer se compone de varios de los sitios cercanos entre sí, se encuentra en las inmediaciones del actual poblado de San Diego, en el municipio guerrerense de La Unión. Se trata de una concentración de materiales cerámicos y líticos sobre una serie de terrazas habitacionales usadas incluso en el presente para la construcción de las rústicas casas del poblado.

Los otros asentamientos, que no rebasan la categoría de caseríos, se encuentran también en las terrazas aluviales formadas por los ríos Balsas, en su cauce bajo, o el Feliciano, y presentan

los mismos elementos que este último sitio, sin su tamaño ni la gran cantidad del resto de los materiales.

En la costa, por su parte, existen caseríos y algunos pocos sitios grandes. Los primeros se siguen comportando igual que en el periodo Clásico. En tanto que los segundos son sitios complejos que presentan montículos de tierra que debieron estar recubiertos por piedra, como es el caso de Los Metates donde, como el nombre lo dice, había una gran cantidad de muelas de granos. Este asentamiento se localiza en lo alto de los lomeríos costeros, tratando de evitar las inundaciones de las zonas bajas causadas por los fuertes huracanes que se presentan en la región.

Otro de los sitios de mayor complejidad en la zona costera y cercano a Petalco es el denominado Los Ticuiches. Tiene un patrón complejo de construcciones: conjuntos de tres montículos (entre 1 y 2 m de altura) que forman pequeñas plazas; uno de estos montículos se engarza con otros de un conjunto similar, formando una unión consecutiva con todos los conjuntos. Igualmente este asentamiento se emplaza en la cima de los lomeríos, aunque tiene la particularidad de que baja hasta las zonas pantanosas. Tuvimos la oportunidad de ver artefactos de cobre encontrados en la región: un cincel, unas pinzas “depiladoras” y unas agujas.

Entre el resto de los materiales destaca la obsidiana que se encuentra principalmente en navajillas prismáticas de color verde (probablemente procedente de la Sierra de Las Navajas). Este sitio debió comerciar con el Altiplano Central a través de la Costa Grande de Guerrero.

Sin embargo, el sitio que reviste mayor importancia histórica se ubica sobre la margen izquierda del río Balsas, a unos 8 km de la

costa: Zacatula. Tiene un patrón de asentamiento disperso ya que está integrado por varias comunidades; la central es Barranca de Marmolejo, que presenta alguna complejidad constructiva ya que tiene una serie de terrazas de diferente tamaño en las que se encuentran algunos alineamientos de piedra en forma de cuartos, así como por lo menos un par de montículos de cierta altura, mayores a 4 m (fig. 6).

En las excavaciones que se llevaron a cabo en este sitio, en uno de los cuartos mencionados, cercano al montículo mayor, fueron localizadas una gran cantidad de vasijas, unos sellos o pintaderas, unos cráneos, algunos huesos largos, agujas de cobre, alfileres de cobre y anzuelos del mismo material, así como puntas de proyectil de obsidiana, sílex y pedernal, navajas prismáticas secundarias de obsidiana verde (quizá de la Sierra de las Navajas), y un navajón de pedernal, todo ello depositado como ofrenda.

Las vasijas (cajetes, platos o tapaderas y cuencos) eran todos de elaboración local, con pastas burdas naranjas, con desgrasantes de guijarros y de arenas de cuarzo o sílex, con formas propias de la región y con decoraciones esgrafiadas en las que se repiten las figuras humanas con cabezas triangulares y dientes limados, motivos paisajísticos y algunos animales. Hubo algunos fragmentos de figurillas que tratan de imitar



● Fig. 6 Estructura mayor del sitio arqueológico Barranca de Marmolejo, presumiblemente el centro de lo que fue el Zacatula prehispánico.

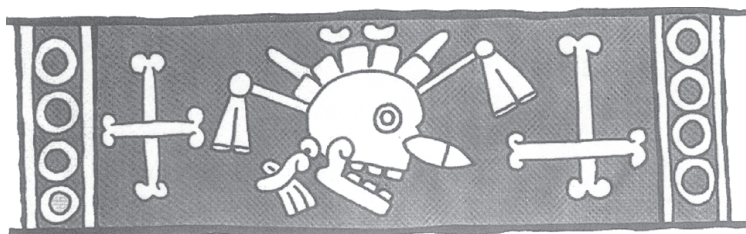
el estilo Mazapa,⁷ aunque su decoración es mucho más profusa.

No obstante, entre los materiales también se aprecian esgrafitados con motivos semejantes a los del centro de México: grecas escalonadas, bandas de círculos y, sobre todo, cráneos de perfil con un navajón incrustado en la fosa nasal, adornados con plumones y otros elementos, acompañados por huesos largos cruzados. Este diseño se encontró en uno de los cajetes, así como en un sello cilíndrico (fig. 7).

Los otros lugares que formaban este asentamiento tuvieron funciones diferentes entre sí, ya que varios debieron ser los de habitación de la gente común, en tanto que otro (Las Tamaucas) tenía montículos de entre 2 y 3 m de altura, hechos de piedra y tierra, ubicados en la cima de una loma y rodeados por un cinturón de tres muros que debieron servir, a la vez, de contención de la tierra y de barrera al acceso. Éste bien pudo ser parte de la zona de habitación de la clase alta o también una zona ceremonial de segunda importancia.

Por otro lado, en la cima de uno de los cerros más altos, cercano al sitio Barranca de Marmolejo, se encontraron algunos vestigios arquitectónicos relacionados con el mismo asentamiento. Desde este punto se tiene una vista notable del río Balsas y su desembocadura en el Pacífico. Por ello debió ser un lugar de control del paso por el propio río.

Por todo lo anterior y por las implicaciones que se desprenden de las fuentes históricas, este sitio debe ser el Zacatula que esas fuentes refieren. Por su parte, los materiales cerámicos localizados denotan una fuerte presencia del



● Fig. 7 Diseño esgrafiado en una vasija del sitio Barranca de Marmolejo. Obsérvese la semejanza que guarda con los motivos iconográficos del Altiplano central del periodo Posclásico.

Centro de México, tanto en el periodo Posclásico temprano como en el Posclásico tardío, en otras palabras, el sitio evidencia relaciones de algún tipo tanto con Tula, como con Tenochtitlan.

Conclusiones

Para concluir diremos que solamente hemos hecho un resumen de lo que las investigaciones arrojaron sobre la historia de estas regiones del país. Hay mucho que abundar en cuanto a la cerámica, el patrón de asentamiento, la lítica, los metales, en fin, acerca de los procesos sociales particulares que involucraron a la región. Éste no es más que un acercamiento a partir de los trabajos de salvamento que se llevaron a cabo a raíz de la construcción de obras de infraestructura, pero, como se ve, pretende ir más allá del mero hecho de rescatar datos y artefactos. Sabemos que es una forma un tanto limitada para conocer el pasado prehispánico, pero también estamos conscientes de que es mejor la propuesta de hipótesis a la enumeración de datos y, por otra parte podríamos preguntar: ¿cuál es la arqueología que no genera hipótesis?, ¿qué tipo de arqueología es la que no tiene limitaciones y se hace de manera ideal? Mientras no haya respuestas a estas interrogantes, la arqueología de salvamento es una opción muy aceptable.

⁷ Debemos agregar que también fueron localizados algunos fragmentos de figurillas netamente Mazapa.

b i b l i o g r a f í a

- Alcalá, fray Jerónimo
1977. *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán* (1541), Morelia, Balsal editores.
- Arnauld, Marie Charlotte *et al.*
1993. *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de estudios michoacanos, núm. 5).
- Arnauld, Marie Charlotte y Brigitte Faugère-Kalfon
1998. "Evolución de la ocupación humana en el centro-norte de Michoacán (Proyecto Michoacán del CEMCA) y la emergencia del estado tarasco", en Véronique Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, México, CEMCA.
- Cabrera Castro, Rubén
1986. "El desarrollo cultural prehispánico en la región del bajo Balsas", en *Arqueología y etnohistoria del estado de Guerrero*, México, INAH-Gobierno del estado de Guerrero.

1989. "La costa de Michoacán en la época prehispánica", en E. Florescano (coord. gral.), *Historia General de Michoacán*, México, Gobierno del estado de Michoacán-Instituto Michoacano de Cultura.
- Esparza López, Juan Rodrigo
1999. "Aplicación de las técnicas nucleares PIXE y NAA para el estudio de las redes de comercio de la obsidiana en Tierra Caliente, Michoacán", tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.
- Faugère-Kalfon, Brigitte
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*, México, CEMCA (Cuadernos de estudios michoacanos, núm. 7).
- González y González, Luis
1985. *Michoacán. Monografía estatal*, México, Secretaría de Educación Pública.
- González Crespo, Norberto
1979. *Patrón de asentamientos prehispánicos en la parte central del Bajo Balsas; un ensayo metodológico*, México, Departamento de Prehistoria, SEP-INAH (Científica, núm. 73).
- Grave Tirado, Luis Alfonso
1996. "Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia", Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoescrito.

s.f. "Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia. Informe final", Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoescrito.
- Grave Tirado, Luis Alfonso y Salvador Pulido Méndez
2000. "Los terracalenteños: una cultura arqueológica del Postclásico en Michoacán", *Antropológicas*, núm. 17, México, IIA-UNAM.
- Guevara Fefer, Fernando
1989. "Los factores físico-geográficos", en E. Florescano (coord. gral.), *Historia general de Michoacán*, México, Instituto Michoacano de Cultura-Gobierno del Estado de Michoacán, vol. 1.
- Hosler, Dorothy
1994. *The sound and color of power. The sacred metallurgical technology of ancient West Mexico*, Cambridge, Massachusetts, The Massachusetts Institute of Technology Press.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
s.f. *Síntesis geográfica del estado de Michoacán*, Anexo cartográfico, México, INEGI.
- Macías Goytia, Angelina
1988. "La arqueología en Michoacán" en C. García Mora y M. Mejía Sánchez

(coords.), *La antropología en México*, Panorama histórico, vol. 13, México, INAH (Biblioteca del INAH).

1990. *Huandacareo: lugar de juicios, tribunal*, México, INAH (Científica, 222).

1996. “Una presencia tarasca en Cuitzeo”, en *Estudios del México antiguo*, México, INAH (Científica, núm. 315).

• Maldonado Cárdenas, Rubén

1980. *Ofrendas asociadas a entierros del Infiernillo en el Balsas*, México, INAH (Científica, núm. 91).

• Manzanilla López, Rubén

1984. “Loma de Santa María I, Morelia, Michoacán”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.

1987. “Proyecto Ixtapa-Zihuatanejo-Petatlán. Informe general, etapas I y II”, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, mecanoscrito.

1996. “La cerámica arqueológica de Loma de Santa María I, Morelia”, en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (eds.), *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*, México, INAH (Científica, núm. 323), pp. 179-190.

• Muller, Florencia

1979. *Estudio tipológico provisional de la cerámica del Balsas medio*, México, SEP-INAH (Científica, núm. 78).

• Piña Chán, Román y Oi Kuniaki

1982. *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán*, México, INAH.

• Pollard, Helen, P.

1993. *Tariacuri's legacy. The prehispanic tarascan state*, Norman and London, University of Oklahoma Press.

1994. “Desarrollo del estado tarasco: excavaciones en Uricho”, *Anales del*

Museo Michoacano, 3a. época, núm. 5, México, INAH-UMSNH-Gobierno del Estado de Michoacán.

1995. “Estudio del surgimiento del Estado tarasco: investigaciones recientes” en E. Williams y P. Weigand (eds.), *Arqueología del Occidente y Norte de México*, México, El Colegio de Michoacán.

• Pulido Méndez, Salvador

1993. “Proyecto Carretera México-Guadalajara. Tramo Maravatío-Zapotlanejo”, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoscrito.

1995. “Proyecto Carretera Pátzcuaro-Uruapan”, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoscrito.

1997. “Proyecto arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas”, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoscrito.

2000. “Proyecto arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas. Informe final”, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoscrito.

• Pulido, Salvador, Alfonso Araiza y Alfonso Grave Tirado

1995. “Carretera México-Guadalajara, tramo Maravatío-Zapotlanejo. Informe final”, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoscrito.

1996. *Arqueología en el norte de Michoacán. Investigación en una carretera*, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-ICA-ADOCSA, mecanoscrito.

• Pulido M., Salvador, J. Jorge Cabrera T. y Luis Alfonso Grave T.

1997. “Proyecto Carretera Pátzcuaro-

Uruapan. Informe final”, Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoescrito.

• Schöndube, Otto

1980. *Historia de Jalisco (Desde tiempos prehistóricos hasta fines del siglo XVII)*, Guadalajara, Jalisco, Gobierno de Jalisco.

• Williams, Eduardo

1993. “Historia de la arqueología en Michoacán” en María Teresa Cabrero (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, México, IIA-UNAM.

